



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XVI.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 30 de Octubre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

LA HERMANITA DE LOS POBRES.

I.

El hecho que vamos á referir no es una fábula de pura invencion; tiene algo de cierto, como ciertas son la virtud, la santidad y la abnegacion de algunos de los seres que figuran en ella.

Seres privilegiados cuyo nombre está escrito en el cielo con el hermoso título de ángeles: seres á quien la ancianidad desvalida invoca como á su amparo, y á quien los viejos indigentes llaman hermanas.

Seres incomprensibles que viven para el bien, para el sacrificio y el amor.

Seres á quien admiro y envidio y bendigo, ya sigan la santa huella del gran Vicente de Paul, ya emprendan la divina senda de la bendita Juana Jugan.

Hace algunos años, y en uno de los dias más calurosos del mes de Agosto, dos mujeres vestidas de negro y cubiertas con amplios mantos negros tambien, se detenian llenas de polvo y bañadas de sudor ante las puertas de una magnífica quinta de re-

creo situada á corta distancia de la poblacion.

Numerosos criados iban y venian en todas direcciones, ya formando vistosos y perfumados ramos de flores, ya colocando en vistosas bandejas los hermosos frutos de que iban despojando á los manzanos, los melocotoneros y los perales:

Una ancha calle de naranjos en flor, adornada de blancas estátuas y salpicada acá y allá por las cristalinas aguas que caian de cien abundantes saltadores en grandes tazas de mármol, conducia directamente á la entrada principal de la casa, cuyos balcones y cuyas puertas se hallaban medio perdidas entre el ramaje de verdura de multitud de jazmines y enredaderas.

Aquella mansion tan perfumada, tan fresca y tan encantadora, pertenecia á una dama jóven, hermosa, alegre, mimada de la suerte y llamada la reina de la moda entonces: á la hermosa Consuelo de B., cuyo cumpleaños se celebraba en aquel dia.

Las dos mujeres del negro traje, pasaron la verja de hierro y adelantaron con paso tímido hácia la entrada de la casa, sin que

ninguno de los criados intentara cerrarles el paso. La una era casi anciana, pero de un semblante tan bondadoso y expresivo, que inspiraba respeto y amor: la otra era muy jóven, y tan bella, que su semblante, medio oculto por su blanca toca y por su manto, más parecía el de una de las celestiales vírgenes de Rafael, que el de una hija de la Caridad.

Las dos iban muy cansadas; habían andado aquella mañana cerca de dos leguas, pidiendo en las distantes caserías una limosna en nombre de Dios para los pobres viejos desvalidos.

Y sin embargo de tanto afán, de tan extraordinaria fatiga, era muy poco aun lo que la caridad cristiana había puesto en sus manos aquel día.

Por eso en el rostro de la más jóven se notaba una expresión de triste desaliento, que no bastaban á disipar las dulces y resignadas frases de su compañera.

—Detengámonos un poco, dijo al fin esta; detengámonos aquí, antes de llegar á esa hermosa casa cuyos dueños deben ser muy ricos: descansen un instante, hermana mía, porque veo que su frente está abrasada por los ardientes rayos de este sol de fuego, y sus labios secos por falta de un poco de agua.

—No, mi buena madre, respondió la interpelada, yo no siento el calor ni el cansancio.

—Y sin embargo, en ese semblante otros días alegre y risueño, miro hoy señales de abatimiento ó de dolor.

—No es por mí, pero...

—¿Qué?

—Nuestros pobres nos aguardan, y hemos recogido tan poco aun!

—Dios no nos desampará y acudirá en socorro de esos ancianos, que son sus hijos predilectos. Esperemos en Él, hermana Margarita.

—¡Oh! sí, dijo con un acento lleno de ardiente fe la jóven, mientras sus hermosos ojos se fijaban en el cielo con expresión de amor, de esperanza y de súplica.

—¿Quién sabe, exclamó la buena madre, quién sabe si esta escasez con que nos aflige, es motivada solo por nuestra poca virtud, por nuestra poca confianza, por el hielo de nuestras plegarias, por la tibieza de nuestra oración! Recemos y pidamos, hija mía, porque nuestros pobres no sufran, porque no los veamos perecer.

—Hay una sobre todo á quien amo tan-

to! está siempre triste, es dulce; sufrida, y tan anciana! ¡Oh! yo daría por ella mi vida. Hay en sus miradas una gratitud tan profunda; un amor tan ilimitado en sus momentos de lucidez!

—¡Ah! esa es sin duda la pobre baldada á quien tenemos con nosotros hace dos meses: pero antes creo que no era así: antes...

La jóven sonrió con bondad y murmuró con dulce acento:

—La paciencia y la mansedumbre son las flores de nuestra corona, y todo el que hace que las ejercitemos añade una á ella. Luego la buena Marta sufría tanto y era su debilidad tan extremada!

En aquel instante se escuchó una voz clara y sonora que llamaba con imperio á uno de los criados.

Las santas hermanas volvieron la cabeza rápidamente, y vieron en la puerta de la casa una jóven cuyo blanco traje de encaje y muselina se destacaba admirablemente entre el verde follaje que la rodeaba.

Era muy hermosa, pero sus facciones delicadas y perfectas no tenían la tierna expresión de la bondad y la inocencia, ni en su blanca frente lucían sus galas celestiales las inmarcitas rosas del pudor.

Aquella mujer era Consuelo.

Al ver á las desconocidas una mirada de extrañeza brilló en sus rasgados ojos, y preguntó al criado que había acudido á su llamamiento:

—¿Quiénes son esas mujeres? á qué han entrado aquí?

—Señora, balbuceó él buscando una disculpa, yo...

La más anciana de las hijas de Le Pailleur no le dejó acabar: se adelantó seguida de su compañera y murmuró con voz suplicante y amorosa:

—Señora, venimos á pedir una limosna para los infelices ancianos y desvalidos.

—¡Ah! exclamó Consuelo mirándolas con sorpresa y desden ¡á pedir limosna!

—¡Somos hermanitas de los pobres!

—¿Y eso os da derecho para penetrar en todas partes y para invadir la morada de quien nada tiene que ver con esos viejos de que habláis?

La frente de la buena madre se cubrió de un ligero carmin y en sus pestañas tembló una lágrima, quizá de vergüenza, quizá de dolor.

Acaso iba á retirarse convencida de que en el corazón de aquella mujer no derramaban sus santos perfumes las celestiales

flores de la caridad y del amor, pero Margarita dió algunos pasos y mirando á la jóven con afán,

—Señora, murmuró, tendiendo sus manos: en nombre de vuestra madre, socorred á la vejez impotente y desvalida.

—En nombre de mi madre! exclamó Consuelo, sintiendo que una nube extraña velaba su frente: en nombre de mi madre!

—¡Oh! sí; tal vez es ya anciana; tal vez sus días están contados: por ella, señora, por ella solo escuchad mi voz que os suplica tendais vuestra mano al desvalido, y la limosna que hoy depositéis en la nuestra, será, yo os lo aseguro, la llave con que Dios abrirá las puertas del cielo á la que os ha dado la vida.

Consuelo parecía sostener una lucha interna con los sentimientos que agitaban sin duda su alma, y que se reflejaban como en un espejo en su movable y bella fisonomía.

De pronto en el interior de la casa se oyó un alegre ruido de voces y carcajadas, mezclado con algunas voces confusas y perdidas en la distancia.

Consuelo prestó atención, y pudo escuchar que su nombre era repetido por ellas entre estrepitosas aclamaciones.

Entonces su semblante volvió á tomar su fría y altanera expresión, y exclamó con acento de incredulidad y desden:

—Mis convidados se acercan y no quiero entristecerlos con el recuerdo repugnante de la miseria y la vejez: salid de aquí, os lo suplico.

—Pero... insistió la jóven Margarita.

—Salid de aquí! ya basta de ruegos importunos.

Las santas hermanas inclinaron sus frentes en señal de humilde conformidad y se alejaron lentamente.

Consuelo las vió desaparecer murmurando con voz opaca:

—Dios! el cielo... Bah! quién cree ni piensa en esas cosas? Gocemos de las riquezas, de los festines; esto es lo cierto. Lo demás... lo demás es forzoso olvidarlo, y para ello... volvamos á la mesa donde mis convidados me esperan.

Y la hermosa cortesana volvió al salón del convite, mientras Margarita y su compañera atravesaban los campos de nuevo, tristes y silenciosas, abrasadas de sed, rendidas de fatiga y próximas á desfallecer.

Tal vez, ¡ay! tal vez hubieran sucumbido en aquella penosa marcha, si de vez en

cuando no hubieran sentido orear sus sienas un soplo de brisa pura y embalsamada. ¡Era el ángel de su guarda, que caminando á su lado, agitaba sus blancas alas para refrescar un momento sus frentes.

II.

Había pasado mucho tiempo.

En una extensa sala, alegre, ventilada, risueña, santificada por una imagen de la Purísima Virgen María, é iluminada por el esplendoroso sol de la caridad, se encuentran algunas mujeres, todas coronadas de cabellos blancos, servidas y acariciadas por dos ó tres jóvenes vestidas con el santo hábito de las hermanitas de los pobres.

Nada falta allí de cuanto puede embellecer la vida de un octogenario, con el más santo amor, con el más delicado esmero del cariño filial.

Lechos cómodos, limpios y mullidos; abrigo, calor, mimo, dulzura.

Algunas de aquellas jóvenes, colocadas junto á las ancianas, les hablan en un sencillo y purísimo lenguaje de lo pasajero y frágil de las grandezas de la vida, y de las sublimes esperanzas de una dichosa eternidad. Otras procuran mitigar los dolores de la enfermedad, el hastío de la vejez, con sus cuidados y su afán; y todas, en fin, rivalizando en abnegación, en sacrificios y bondad, convierten aquel santo asilo de la desgracia y la vejez, en un edem de dichas, de alegría y de paz.

Todo está brillante de limpieza, de flores y luz.

Es la semana en que la Iglesia conmemora la muerte del Dios que redimió al hombre, espirando por él en los brazos de una cruz, y en aquel día, ese mismo Dios que tiene un cielo por morada y cien y cien mundos de luz por alfombra, va á descender en forma de Hostia sagrada al seno de aquellas humildes decrepitas, sostenidas por la caridad.

Un precioso altar colocado en el centro de la estancia atrae las miradas de cuantos se encuentran allí.

En un extremo, un grupo conmovedor y tierno hace brotar una gota de llanto de los ojos y un suspiro del corazón.

Lo forman la paralítica y desvalida Marta, y la pura, la bella y santa hermana Margarita.

La jóven, con un libro en la mano, lee con suave y pausada voz algunas oraciones que la anciana oye con extrema atención,

mientras el llanto de la contrición y de la fe brota en abundancia de sus turbios ojos.

Marta había pasado muchos años á la puerta de un templo, pero sin penetrar jamás en él! había recibido la limosna del rico sin gratitud y sin humildad; y había llegado á aquella casa sin creencias, sin religion, sin Dios! Alma perdida en la sombra de la ignorancia, que ni un rayo de luz había llegado á iluminar; corazón sumido en el lodo, cuya miseria y cuya pobreza de espíritu era mayor aún que la miseria y la pobreza que rodeaba su cuerpo!

Pero Dios tuvo piedad de ella, y la infeliz pordiosera, abandonada y despreciada, halló en los labios de Margarita consuelo y esperanzas, creencias y amor.

Y desde que la voz de aquella dulce niña había penetrado en su alma, su ser se había regenerado, su desgracia la había parecido menos penosa, y en aquella mente donde solo se habían albergado pensamientos culpables, ensueños de odio y desesperación, había brillado inmensa, esplendente y hermosa la idea de Dios, y la oración había dulcificado sus penas, y el arrepentimiento había purificado su corazón.

¡Cuánto amó Marta á Margarita desde aquel día! y si la parálisis no hubiera sujetado su labio, ¡cuántas bendiciones la hubiera prodigado!

¡Oh! la joven entonces hubiese conocido la historia de aquella infeliz, historia de lágrimas, de abandono y de soledad.

Pero Marta no podía hablar, y solo sus miradas revelaban á la santa hermanita el mar de sentimientos que se agitaban en su pecho.

Margarita leía, pues, preparando á aquel alma para recibir á su Criador.

Y á cada pregunta que la dirigía, la anciana movía la cabeza en señal de asentimiento y de conformidad.

Y tan embebidas estaban la una en su lectura y la otra en escuchar sus frases, que no repararon que la puerta de la estancia se había abierto, y que multitud de personas, las unas por curiosidad, las otras por pasatiempo, algunas por devoción, entraban allí para visitar el establecimiento en aquel día de santa fiesta.

Entre ellas había una joven elegantísima, que miraba á todas partes con afán y con atención.

Aquella mujer era Consuelo.

Consuelo, que desde el día que despidiera de su casa á las discípulas de Juana Ju-

gan, llevaba una losa en el alma y una sombría nube en la conciencia.

La mirada y el acento con que Margarita le había dirigido sus postreras palabras no se podían borrar de la mente de la frívola cortesana; y de día, de noche, á todas horas, creía verla ante sí suplicándole en nombre de su madre, ¡de su madre, á quien ella había abandonado muchos años antes, arrastrada por el torbellino de la vanidad, del delirio, de la culpa, para tornarse en una mujer sin corazón y sin conciencia!

Y en aquel día, día solemne, aniversario augusto de la cruenta pasión del Divino Mártir, tal vez un ángel, el de su guarda, la había conducido allí, para que aquellos tormentos y aquella sangre vertida redimieran también su alma.

Consuelo, guiada por la mano de la Providencia, llegó hasta donde estaba Margarita... Iba á entregarla una limosna para sus pobres, esperando así recobrar una parte de su paz perdida.

Pero al verla, al fijar sus ojos en ella y en Marta, su rostro se tornó pálido como el de un cadáver, y de sus labios se escapó un angustioso grito.

La parálisis se estremeció al oírle y levantó los ojos buscando á la que lo había exhalado.

Y aquellos ojos, única parte de su ser en que se albergaba la vida, giraron en sus órbitas con rapidez extraordinaria, reflejándose en ellos un revuelto mar de sentimientos que en vano la pluma trataría de describir.

Margarita, entre tanto, como la pura luz de un santuario, á quien no agitan las tempestades ni combate el huracán, seguía leyendo las divinas páginas con voz suave y tranquila, sin apercibirse de las encontradas pasiones que se revolvían en torno suyo.

Marta miraba á Consuelo, olvidándose al hacerlo de todo cuanto la rodeaba, y recordando solo el pasado: ¡el pasado horrible, amargo, desgarrador!

Consuelo á su vez, miraba á la anciana, trémula, muda, fascinada.

—Hermana mía, murmuraba entre tanto Margarita, siguiendo sus anteriores preguntas, ¡perdonais de corazón á todos los que os han ofendido, á todos los que os han causado algún mal?

Y al decir esto fijaba en la parálisis sus dulces miradas, esperando su respuesta.

Marta hizo un esfuerzo para hablar, pero

su labio estaba mudo! Entonces, y sintiendo rodar en su mente mil y mil ideas terribles, mil memorias desgarradoras, movió negativamente la cabeza con expresion amenazadora.

—Cómo! exclamó la religiosa llena de asombro. Dios os perdona y vos no quereis perdonar!

—No! expresó de nuevo el movimiento de la anciana con mayor energía que antes y con la mirada fija en Consuelo.

Esta, que todo lo observaba, que habia reconocido en aquella infeliz á su madre, á su madre, que no la perdonaba su olvido, su culpa, su abandono, sintió que las fuerzas le abandonaban y estuvo próxima á desvanecerse.

Margarita habia cogido las manos de la paralítica, y repetia inspirada por su fe y por su santo anhelo en bien de las almas:

—Hermana, hermana mia, pensad en Dios. Hoy es dia de gracia y de indulgencia: hoy los ángeles llevan nuestras plegarias al pié de la cruz. ¡No desoigais mi ruego, no hagais estériles mis esfuerzos de tantos dias, y desechad esas ideas de venganza y de rencor, trocándolas por las de la piedad y la mansedumbre. Pensad en que la Santa Virgen María era Madre, y perdonó á los verdugos de su Hijo; pensad que esta vida es un dia y que hay una eternidad; y si todo esto no es bastante á convenceros, recordad mi cariño hácia vos; recordad que yo daria mi vida por vuestra salvacion: que si mi sangre fuera bastante para ello, yo la derramaria entera por lograr para vos un dia de gloria!

Y al decir esto la jóven con acento sublime de caridad y de fervor, besaba las manos de Marta, acariciaba sus blancos cabellos, y enjugaba las gotas de llanto que sus caricias y sus besos hacian brotar de las pupilas de la anciana!

Consuelo, estremecida por aquella dulce voz, arrastrada por aquel ejemplo, sintiendo abrirse su alma al amor, al arrepentimiento, á la gracia, olvidándose de todo cuanto la rodeaba, cayó de rodillas, extendiendo sus manos hácia las dos mujeres, mientras su pecho se levantaba en un ancho y doliente sollozo.

Margarita volvió la cabeza, y sin comprender la causa de aquel dolor, viendo solo en la jóven una persona que sufria, la tendió los brazos y la levantó en ellos, prodigándola sus consuelos tambien.

¡Oh, caridad! santa y divina caridad cris-

tiana, que á todos cubres con tu manto, ¡bendita seas!

Consuelo miró á la hermanita de los pobres con una expresion indescriptible, y murmuró á su oido con ahogada voz:

—Vos, que tan bien sabeis hablar del perdon, ¿podreis olvidar que os arrojé con desden de mi casa?

—En aquel instante os amaba como ahora, y pedia por vos á la Virgen.

—Y... añadió la jóven con temor, ¿creeis que Dios querrá perdonar tambien á una mujer muy pecadora?

—¡Él levantó de sus plantas á María Magdalena y la tuvo junto á su Madre al pié de la cruz, para mostrar que la inocencia y el arrepentimiento le eran igualmente queridos!

En aquel instante el timbre argentino y sonoro de una campanilla se dejó escuchar á lo lejos.

—Dios se acerca á vos, exclamó Margarita dirigiéndose á la paralítica, ¿estais dispuesta á recibirle?

La anciana, dominada tambien por el ascendiente de aquella santa niña, fijó por toda respuesta una mirada en Consuelo: mirada expresiva, dulce, amorosa, llena de lágrimas; mirada en que iba envuelta toda la indulgencia y la ternura que es capaz de encerrar el alma de una madre.

La hija culpable la entendió y se arrojó llorando en sus brazos.

Las tres mujeres formaron un grupo en que enlazaba el divino amor, la pureza y la penitencia, la santidad y la contricion.

Un grupo tan hermoso que Dios mismo acudió á contemplarle, apareciendo en aquel instante en manos de su ministro, y rodeado de sus ángeles en la puerta de aquella estancia, mientras los serafines hermanos de Margarita, inscribian en su libro de oro aquellas dos almas que ella habia salvado con el influjo de su virtud.

Un mes despues una nueva hermanita ingresaba en aquella santa casa con el nombre de María Magdalena, por el cual habia trocado el suyo de Consuelo, y un cuantioso donativo, hecho á nombre de una pecadora arrepentida venia á proporcionar á los pobres viejos recogidos en aquel asilo, bienestar y alimento, abrigo y comodidad.

¡Institucion santa! nacida en una humilde aldea y acogida en el alma de seres humildes y oscuros tambien. Yo te bendigo y bendigo tus puras hijas! Tú eres el pos-

trer rayo de sol que ilumina la existencia del pobre, el puerto seguro y tranquilo á que se acoge en sus postreros días, la estrella que ilumina su última noche, la puerta segura que le conduce al cielo, la dulcísima madre que arrulla en sus brazos el sueño de sus hijos ancianos, y alejando sus almas de las miserias de este mundo las prepara para entrar en una santa eternidad.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡DIOS!

Arcángel de la luz, genio divino,
que en blandos ecos la armonía eáhalas
y acompañas tu canto peregrino
con el suave roce de tus alas;
desciende de mi vida hasta el camino,
presta á mi voz de tu decir las galas,
hoy que me falta inspiracion y acento
aunque el alma rebosa sentimiento.

¡DIOS! este nombre que el espacio llena,
mil y mil veces moduló mi canto,
ya entre esperanza plácida y serena,
ya entre despecho y amargura y llanto:
¡DIOS! este nombre, que do quier resuena
grande, infinito, inenarrable, santo,
cual encendió del sol la ardiente llama
su luz sobre mi espíritu derrama.

¡DIOS! ¿qué atrevido ú elocuente labio
será bastante á pronunciar tal nombre,
sin que á su inmensa gloria cause agravio
en el lenguaje terrenal del hombre?
¿qué palabra, qué voz, qué acento sabio,
sin que poder tamaño no le asombre,
intentará medir en su osadía
la grandeza del Hijo de María?

Podrá atrevida la razon humana
medir del tiempo el incansable paso,
ó contemplar los rayos de oro y grana
del moribundo sol en el ocaso:
podrá de esa techumbre soberana
contar los astros de fulgor escaso;
más para Dios, que existe por sí mismo,
no hay peso, ni medida, ni guarismo.

Él, que la tierra salpicó de flores,
Él, que las noches separó del día,
El, que dió á la mañana sus albores
y sus luceros á la noche fría:
El, que á las tiernas aves prestó amores
y libre patria en la extension vacía:
El, que la verde mar bordó de plata
y las nubes de nácar y escarlata.

Él, que al mirar el huracan violento
la tierra estremecer con saña fiera,
«¡Basta! le dijo, y se contuvo el viento
sin otra valla que su voz severa.
El, que le dijo al sol con firme acento,
«Brilla y alumbrá mi creacion entera,»
y á su mandato, dócil y obediente,
de roja luz se iluminó el Oriente.

Él, que á las ondas de la mar inquietas
que alborotadas con furor lucharon,
dijo: «Hasta aquí llegad» y allí sujetas
contra la arena frágil se estrellaron;
cien astros brilladores, cien planetas,
ante el impulso de su voz giraron;
y dióle animacion al claro día
y á la noche reposo y armonía.

Y dijo al hombre, su mejor hechura:
«El mundo todo por mansion te doy;
goza de su esplendor y su hermosura,
que en todas partes á tu lado estoy:
Yo te daré la paz y la ventura,
sé señor de la tierra; desde hoy
tuya es mi creacion, tuyo mi día,
tu fe, tu amor y tu esperanza, mia.»

Y tuyas son, que ante tu santa ira
tiembla, Señor, el justo, el delincuente,
y tu infinito amor, amor inspira;
si alguno acaso en su delirio ardiente
dice que niega tu existir, ¡mentira!
pues una voz severa y elocuente
siempre en lo más recóndito del alma,
¡DIOS! grita en la afliccion: ¡DIOS! en la calma.

Y ¿quién, Señor, cual tú? yo la primera,
destocada la sien tu nombre aclamo;
y de mi triste vida en la carrera,
tu amparo santo y tu piedad reclamo:
mi fe; mi adoracion, mi vida entera
son tuyas, ¡oh Señor! porque te amo
con ese amor que te tributa solo
la infinita creacion de polo á polo.

Dios de mis padres, esperanza mia,
luz que siguiendo por do quiera voy,
mis pasos vacilantes á tí guía,
que ya pendiente de tu voz estoy:
sol que iluminas de mi ser el día,
si me pides amor, amor te doy:
sea, al dejar la vida transitoria,
tuyo mi corazon, mia tu gloria.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

XI.

Elena habia quedado con la muerte en el alma, aunque procuraba ocultar su afan bajo el velo de una aparente tranquilidad.

D. Martin, separado por tantos años de las ilusiones de la juventud, habiendo olvidado ya las luchas, y los dolores, y las alegrías de una pasion, no reparó en el pesar que se leia escrito en la húmeda mirada de su nieta.

Solo cuando despues de algun tiempo notó su absoluto silencio volvió la vista al sitio que ocupaba y la vió con la frente inclinada sobre su labor, pero con los dedos inmóviles sobre ella.

—¿En qué piensas, hija mia? la preguntó entonces con cariño.

La niña se estremeció al sonido de aquella voz.

Fingió una sonrisa y dijo, respondiendo acaso á su propio pensamiento:

—¡Pienso que deben ser muy felices los que pueden asistir al teatro en una noche como esta!

—¿De veras lo crees así? voto va! ¿y por qué no lo has dicho antes? afortunadamente, aunque no somos ricos, podemos sin embargo, hija mia, satisfacer ese capricho tuyo.

—¿Cómo! ¿qué dice V.?

—Que ahora mismo voy... y yo que no había pensado en ello! Ya se ve, á mis años se ven las cosas de tan distinta manera que á los tuyos! y luego tú, que jamás pides lo que anhelas, que no manifiestas capricho alguno...

—Si es que...

—Nada, nada: ya te he dicho que voy ahora mismo, y que esta noche quedará satisfecho tu deseo.

—¿De qué se trata? preguntó una voz varonil á la espalda de D. Martin.

—¡Holal! ¿eres tú, Carlos? preguntó este volviéndose rápidamente hacia el jóven que entraba, y tomando á la par su sombrero.

—Sí, yo soy, pero ¿qué es esto? ¿dónde va V.?

—¿Qué ha de ser, hijo mio? que Elena quiere ir esta noche al teatro, y que voy á tomar los asientos.

—¿Cómo! ¿ella dice...?

—Sí, ¿qué tiene eso de extraño?

—¡Oh! nada, nada; antes al contrario, nosotros somos los que hemos hecho mal en no pensar en ello.

Y Carlos, deseando complacer á Elena y creyéndose dichoso con la idea de pasar algunas horas á su lado, se ofreció no solo á acompañarles, sino á buscar él mismo las localidades que debían ocupar.

—Vístete, hermana mia, dijo á la niña, en tanto que yo vuelvo. No tardaré, te lo aseguro.

Y salió de la casa preguntándose en su interior qué motivaba aquel repentino anhelo de Elena, cuando tan retirada la gustaba vivir, y cuando jamás había mostrado deseos de frecuentar paseos ni espectáculos públicos.

Entre tanto la jóven se dirigió á su cuarto, y ayudada de Águeda, empezó su modesto tocado.

Sin saber cómo, y sin poder darse cuenta de ello, Elena había ido más lejos de lo que había ambicionado.

Casualmente y sin idea de verlo realizado, había manifestado aquel pensamiento que don Martin y Carlos se apresuraban á llevar á cabo, ignorando que aquel pensamiento solo se reducía á Ricardo; porque no era asistir á una representación teatral por lo que ella suspiraba. Era, ¡ay! era tan solo por ver á Dervil, por estar á su lado como iba á estarlo la opulenta Fanni.

Sin embargo, la casualidad y el amor que la profesaban aquellos dos hombres iban á realizar en parte su anhelo, pues si no podía estar al lado de Ricardo, podía al menos aquella noche verle quizá, y quizá saludarle de lejos.

Así, pues, empezó á vestirse presa de una

impaciencia febril, á la cual se mezclaba también una especie de vago temor.

¡Ay! es que el corazón le presagiaba los tormentos que sufre un alma al ver al hombre querido junto á otra mujer jóven y bella!

Dominada por mil encontradas sensaciones, Elena se hallaba mal: sus mejores trajes la parecían todos antiguos y malos; su peinado, sus modestos adornos, nada la cuadraba, nada la satisfacía.

—¡Qué pálida estoy esta noche! murmuró contemplándose en el espejo, ¡qué círculo tan morado rodea mis ojos! así es que nada me sienta bien, que estoy espantosa.

—Deliras, hija mia, exclamó Águeda sorprendida. ¡Tú estar mal! Vamos, no digas desatinos: estoy segura que no irá otra más linda que tú.

Elena no la escuchó siquiera, y despues de mucho vacilar se puso un traje negro, liso y sencillo, cerrado en su garganta con una pequeña gola de encaje.

Aquel color armonizaba perfectamente entonces con el estado de su espíritu.

Y en verdad, Elena no podía explicarse á sí misma aquel disgusto, aquel pesar que la atormentaba.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL MANTO DE NIEVE.

(CONCLUSION.)

—¿Quién eres?

—¡Su madre! gritó ella con los ojos desecados y con una expresion de delirante dolor.

—Y... ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? ¡su vida! ¡su perdón!

Daciano la contempló un instante, midiendo con sombría calma la intensidad de aquel pesar.

—Bien, dijo despues de algunos momentos de silencio; en su mano, en la tuya están ambas cosas. Vé; dila que me obedezca, que cumpla mis órdenes, que olvide sus falsas creencias, y á este precio solo, ¿entiendes? á este solo, le concederé la libertad y le perdonaré la existencia.

Eufrosina en un estado de desesperacion y abatimiento imposible de describir, quiso pedir, quiso suplicar de nuevo; mas á una seña imperiosa de Daciano se levantó y se dirigió trastornada al sitio donde estaba su hija.

—Dejadlas hablar un instante, dijo el prefecto á los soldados que custodiaban á la niña; dejadlas hablar.

Á esta orden todos se retiraron, quedando solas en medio de un ancho círculo las dos bellas y desamparadas mujeres.

—¡Hija mia! ¿por qué viniste aquí? fué la primera palabra de Eufrosina, ¿por qué te has arrojado tú misma en manos de ese hombre?

—¿Y tú me lo preguntas? tú, que me has enseñado á saber que nuestra patria es el cielo, y que esta vida es la peregrinacion de un día sobre la tierra?

—Pero...

—¿A qué tratar de dilatarla algunos años, algunos meses más? su término es seguro; cuanto antes partamos de este mundo, menos espinas lastimarán nuestros piés, menos lágrimas derramará por nosotros el ángel de nuestra guarda.

—Mas tú...

—Madre, yo oí el edicto publicado contra los que amamos al verdadero Dios, y creí que era llegada la hora de ensalzar públicamente su divino nombre; ví á lo lejos la brillante corona del martirio, y quise ser la primera en alcanzarla; quise con el ejemplo abrir la senda á los confesores de Cristo: ¡no llores por mí, madre mía, pues seré la primer víctima que se ofrezca á Jesucristo! ¡no llores por mí, porque seré la primera en el mundo de los mártires!

Eulalia al pronunciar estas palabras ostentaba en su rostro algo de divino y celestial, que embriagaba y dominaba á su agitada madre.

Su frente próxima á ceñir la diadema de los ángeles irradiaba una celeste luz; sus ojos elevados al cielo reflejaban toda la pureza de su alma, y en su dulce acento había una expresión sobrenatural y solemne que solo Dios puede inspirar.

Eufrosina sentía que su alma volaba á confundirse con la de su hija en las moradas de la eterna luz.

—¡Decídela pronto! gritó Daciano desde el lugar que ocupaba; el tiempo pasa y mi paciencia se agota.

La desdichada madre se estremeció.

Los verdugos se acercaron de nuevo, impulsados por una mirada del tirano.

—Que sacrifique ó que muera, volvió el prefecto á repetir, viendo la inmovilidad de Eufrosina; díselo, díselo tú.

—Pero, ¿qué intentabas? ¿qué venías á pretender de mí? preguntó con doloroso afán Eulalia, mientras sus ojos se fijaban interrogadores y amantes en los ojos de su madre.

Esta sintió que una inmensidad de dolores pesaba sobre su corazón. El grito de su amor, de su ternura, de la naturaleza, decía en su pecho: ¡que viva, que viva, es tu hijo! pero la voz de su alma religiosa y creyente dominó aquel acento, y repitió con fuerza á su oído:

—¡Dios! ¡no hay más que un solo y único Dios!

Entonces la cristiana venció á la madre.

La mujer se convirtió en ángel, y levantándose sostenida por la mano del Eterno, estrechó á su hija contra su corazón delirante de dolor, pero sublime de firmeza.

—¡Ve, hija mía, gritó empujándola hacia sus verdugos, ve á morir por tu fe, antes que vacilar en tus creencias!

El rostro de la niña se iluminó con una expresión de gozo infinito, y al sentir las manos de los soldados apoderarse de ella.

—Adios, madre, dijo, adios, ¡hasta el cielo!

Eufrosina cayó al suelo desplomada como una masa inerte.

El ángel del Señor, que había sostenido su espíritu, no teniendo ya que hacer á su lado puesto que en aquel momento nada sentía, di-

rigió su sereno vuelo hacia la cándida Eulalia, y envolvió con sus alas á la tierna cristiana.

Entonces sucedió una escena terrible.

Daciano, enfurecido por aquel desenlace inesperado, mandó á los verdugos que acelerasen la ejecución de sus órdenes, y estos, acostumbrados á obedecer, no vacilaron un instante.

Aplicaron la llama á las carnes desnudas de Eulalia, que solo murmuraba mientras una lágrima lenta, tributada á su casto pudor, corría por sus mejillas.

—Señor, librad á vuestra sierva de la vergüenza y la confusión: que las miradas de los hombres no profanen su cuerpo, ya que es tuya solo su alma!

Dios oyó esta justa y sentida plegaria, última de la que moría por su amor.

Dios también quiso que el triunfo de Eulalia fuese público y completo, y mientras su alma, en la forma de una blanca paloma, salía de sus labios, ascendiendo libre á los cielos, una espesa lluvia de nieve caía sobre la tierra, cubriendo instantáneamente como con un manto de armiño, el cuerpo sin vida ya de la niña mártir.

El pueblo asombrado cayó de rodillas ante aquel admirable milagro.

Algunos pensaron en Eufrosina que aun yacía tendida en el suelo, corrieron hacia ella, quisieron levantarla; pero ¡ay! solo encontraron un yerto é inanimado cadáver.

La fuerza del dolor la había asesinado, y de ella podía decirse también aquellas palabras de nuestro divino Salvador: «El espíritu está pronto, mas la carne es flaca.»

Aquellas dos almas habían volado al cielo, la una á recibir su corona de virgen, la otra á recibir la palma del martirio del corazón: la una presentaría á Dios su inocencia, la otra su profunda y terrible aflicción.

El anciano padre de Eulalia, á quien algunos deudos habían detenido á la entrada de la ciudad, por temor de que Daciano le constituyese en prisión, al saber todo lo ocurrido, al verse solo en la tierra, al hallarse separado de aquellas á quien tanto había amado en este mundo, volvió á su pequeña casa de campo para rogar al cielo que le reuniese á Eufrosina y á su hija.

Poco tiempo duró su tormento, pues la mano de la muerte se encargó de franquearle las puertas de la patria de los justos.

La muerte de Eulalia abrió, como ella había dicho muy bien, ancha senda á los mártires de Jesús, pues ante su mismo cadáver se efectuaron millares de conversiones, y la luz de la fe empezó á brillar poderosa y radiante, aunque combatida aun por las sombras de la idolatría.

Algunos años después, la Iglesia la contaba en el número de sus santos, y Barcelona se llenaba de gloria adoptándola por patrona.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.